

16. LA IMAGEN DE SAN PABLO EN EL LIBRO DE LOS HECHOS

La biografía paulina que se deduce del libro de los Hechos refleja la dificultad de hacer encajar pacíficamente la personalidad y la actividad de Pablo en la historia de la Iglesia primitiva. Como otras grandes personalidades, Pablo podía suscitar una grande admiración, pero también provocar cierto recelo. Desde el principio resultó difícil encasillar a una personalidad tan rica y entender su mensaje tan complejo. En la segunda carta de Pedro, aunque se admite la función primordial de Pablo y el valor de sus escritos, puestos en el mismo nivel que las demás Escrituras, por tanto del Antiguo Testamento, se creyó necesario advertir sobre el abuso de las cartas, en las que “hay cosas difíciles de entender, δυσνόητά τινα, que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente” (2 Pedro 3,16). Las cartas parecen apoyar tanto actitudes de un cristianismo maduro y responsable como actitudes de fidelidad a la tradición, a la institución, a la “sana doctrina”.

A pesar de estas aristas fuertes de su personalidad, Pablo consiguió imponerse por dos grandes títulos: su condición de apóstol por vocación divina para ser ministro del evangelio (Colosenses 1,23.25) y su condición de “prisionero de Cristo” (Efesios 3,1; 4,1). Al definirse ministro del evangelio, Pablo añade su nombre propio indicando que esta afirmación se hace con legítimo orgullo. La exaltación de su figura irá más lejos cuando en las cartas a Timoteo se acumulen todos los títulos: “heraldo, apóstol, maestro” (1 Timoteo 2,7; 2 Timoteo 1,11).

El libro de los Hechos, dedicado en sus dos terceras partes a exaltar y justificar la actuación de Pablo, suaviza muchas aristas. Con su innegable arte de narrador, san Lucas pretendió contar la historia de Pablo de modo que la mayoría de los cristianos, que habían llegado a la fe después de una iluminación similar a la de Pablo en el camino de Damasco, y de una conversión desde el judaísmo o del paganismo, pudiera leer su propia historia. Además de estas resonancias personales, el relato de la vida de Pablo en el libro de los Hechos integra los ecos de la gran transformación religiosa que se verificó en el interior del mundo judío por la aparición del cristianismo como nueva agrupación religiosa.

Quedan, sin embargo, muchas cuestiones abiertas a la crítica. Así, por ejemplo, el protagonismo de san Pablo en la difusión del cristianismo y en la fundación de las comunidades cristianas, ¿es una realidad o es producto de la tarea redaccional, sintetizadora, del libro de los Hechos? Parece que los verdaderos fundadores de las comunidades primitivas fueron los helenistas, que, perseguidos en Judea, fundaron anónimamente las comunidades de Damasco, Antioquía, Éfeso, Roma. El libro de los Hechos, atribuyendo todo el protagonismo a Pablo, ha echado una sombra definitiva sobre la labor de esos auténticos fundadores de las comunidades cristianas. No sabemos ya nada con seguridad sobre Bernabé o Apolo. No sabemos prácticamente nada del influjo positivo de los que aparecen genéricamente designados como los “adversarios”. Tampoco

podemos considerar como pura fórmula las listas de “colaboradores” que aparecen en los saludos al final de las cartas. ¿Por qué Pablo finalmente se impuso a todos los demás? Parece probable que la misión de Pablo comenzó de manera bastante humilde, incluso con fracasos, hasta que se asoció de manera estable con Bernabé y con la comunidad de Antioquía, de la cual recibió la misión y una constante ayuda material. Sólo cuando luego rompa con Bernabé y con la comunidad antioquena, comenzará Pablo a ser conforme a la imagen tradicional que de él nos hemos formado.

La continuidad de su acción misionera es otro punto de difícil explicación. El entusiasmo helenista comenzó pronto a alejar del influjo y de la autoridad del Apóstol a muchas comunidades, incluso entre las consideradas más propiamente paulinas. Corinto es seguramente la comunidad en la que pretendió imponerse con más fuerza. Y parece que no lo consiguió. En el Apocalipsis no hay ni mención ni agradecimiento por la labor apostólica en aquellas comunidades de Asia. Ignacio de Antioquía sí lo recuerda, en relación con las comunidades de Siria. El evangelio de Mateo, cuya redacción se sitúa en una comunidad de Siria, el evangelio de Juan, la Didajé, son algunos de los escritos casi contemporáneos del tiempo de florecimiento paulino de aquellas comunidades y todos guardan silencio sobre la actividad del Apóstol.

Pablo fue ciertamente un pionero, pero su obra no tuvo continuidad. Lo que ha durado son sus cartas, aun conociendo que con ellas no se podía ir muy lejos porque superaban el grado de piedad e instrucción medias. Esta dificultad se experimentó ya en vida de Pablo y posteriormente, como indica el texto de 2 Pedro 3,15s citado más arriba. Es posible que la teología de la justificación y la teología de la cruz provocaran la oposición de los cristianos partidarios de la Ley y, respectivamente, las reacciones de los entusiastas seguidores de la libertad del Espíritu. De hecho tanto Lucas como las Pastorales quitaron a aquellas doctrinas su rigor original y les dieron un tono más edificante. La carta a los Efesios paralizó la teología de la cruz, dándole a la iglesia un tinte de glorificación en su movimiento de crecimiento desde la tierra hacia el cielo. La primera carta de Clemente y los escritos de Policarpo hacen desembocar el mensaje paulino en una forma de simple piedad comunitaria. Curiosamente, el gran entusiasta de Pablo, dentro del período de los Padres Apostólicos, será el hereje Marción. Sólo en épocas de crisis, en las que la Iglesia descubre de nuevo los temas fulgurantes de la justicia divina o de la libertad cristiana, ha sido rehabilitado Pablo.

Lucas realizó una acomodación de la biografía de Pablo para que no chocara con la institución eclesial. La imagen dominante en el libro de los Hechos es la de un Pablo evangelista que difunde el mensaje originado en Jerusalén. Comparando el relato de Hechos con los apuntes biográficos esparcidos en las cartas, sobre todo en la carta a los Gálatas, advertimos que la biografía ofrecida por el libro de los Hechos ha de ser examinada

con gran prudencia. No es que Lucas invente su versión. Aparte de los datos que él pudo recoger personalmente, el material refleja las noticias fidedignas que entonces circulaban. Y por eso hace todo lo posible para acomodar a Pablo en el seno de la institución eclesial: Ananías lo bautiza y luego lo envía a Jerusalén, donde Bernabé lo introduce a los Apóstoles, como luego lo introducirá a la comunidad de Antioquía. Su labor apostólica recibirá el refrendo de la asamblea de Jerusalén. Por esta misma tendencia apologética no se toman en serio las protestas de Pablo sobre la originalidad e independencia de su evangelio. Protestas que, sin embargo, aparecen con toda fuerza en Gálatas 1,11ss: “Os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí no es de origen ni de orden humano, pues yo no lo he recibido ni aprendido de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo”. Gracias al libro de los Hechos, Pablo aparece correspondiendo, si no a la realidad histórica, al menos a los postulados dogmáticos de las generaciones siguientes.

Pero quedan algunos cabos sueltos. La imagen de Pablo tuvo que ser purificada de ciertos rasgos demasiado originales que no han podido ser integrados en la tradición. Así, la misión de Pablo estuvo muy influida por la espera de un inminente fin del mundo. Es una misión realizada con extraordinaria prisa como si viviera efectivamente dominado por la idea de que el tiempo se le acababa. De los veinticinco años dedicados a la actividad misionera, dos se emplearon en los preparativos. Aún después del refrendo apostólico en la asamblea de Jerusalén, datado hacia el año 13 después del comienzo de la misión, Pablo sigue, junto con Bernabé, dedicado fundamentalmente a la predicación por los barrios de Antioquía, una función pastoral más bien estable, no itinerante. Sólo a partir de la ruptura con Bernabé, comienza Pablo en serio su tarea. Y entonces ya no le quedan sino diez años para recorrer Asia y Europa, con largas estancias en Éfeso y Corinto. Finalizado este decenio, toma la decisión de viajar hasta el extremo occidental del mundo entonces conocido (España), viaje que no sabemos si llegó a realizar. Ante esta imagen, se tiene la impresión de estar frente a un hombre ansioso de realizar a toda costa su empeño. La impresión de que Pablo se dejó dominar por su temperamento soñador aparece cuando en Romanos 11,13s, expresa la esperanza de que, realizada la conversión de los paganos al cristianismo, también Israel se convertirá. Para mantener esta ilusión, no tiene dificultad en modificar la palabra profética de que los paganos vendrían finalmente a adorar a Dios en Sión, purificada de sus profanaciones.

La divergencia entre la historia que cuenta Pablo en su carta a los Gálatas 1-2 y la que compone el autor del libro de los Hechos es un eco de la confrontación de Pablo con las autoridades apostólicas de Jerusalén. Y esta confrontación pervive durante toda la vida del Apóstol en la polémica sobre el estilo de vida de los conversos del paganismo y los judeo-cristianos. Según Gálatas 1,18 y 2,1-10, Pablo tuvo que hacer dos visitas aclaratorias a Jerusalén. Una tercera visita, la que dio lugar al prendimiento y traslado a Roma, estuvo relacionada con la colecta de las iglesias de Grecia en favor de la comunidad “de los santos”

(Romanos 15,25). Según el libro de los Hechos, la cuestión de la conducta de la Iglesia respecto de los convertidos del paganismo fue discutida en dos ocasiones en Jerusalén.

En la primera ocasión se trató de juzgar la actitud de Pedro hacia Cornelio (Hechos 11). En la segunda visita que hace a Jerusalén, al cabo de catorce años (Gálatas 2,1-10), Pablo busca a los “tres pilares” de la Iglesia, Santiago, Cefas y Juan, para consultar específicamente el problema de la apertura a los gentiles. Un resultado de este encuentro con las “columnas” de la Iglesia fue la petición de que, a cambio de la libertad de acción que exigía Pablo, éste se comprometiera a “acordarse de los pobres” mediante el apoyo económico que debía conseguir de las comunidades gentiles. No se exige la circuncisión ni se imponen particulares obligaciones derivadas de la tradición judía. La visita de que habla Romanos 15,25 tuvo por finalidad cumplir el compromiso de la ayuda económica trasladando la colecta a Jerusalén.

Lucas quiso ofrecer una imagen idealizada de la Iglesia creciendo de manera armónica, sin fuertes tensiones, guiada desde el centro, de tal manera que la misma predicación a los gentiles, el gran paso hacia la difusión del evangelio, fuera iniciativa que partía del centro. Por eso el interés de Lucas en subrayar cómo el que propiamente abrió la puerta a los gentiles fue Pedro al admitir en la Iglesia a Cornelio, cuando los primeros pasos se dieron en Antioquía (Actos 11,19-21). Las normas para la predicación a los gentiles se fijaron también en una solemne asamblea en la que — idealmente — participaran tanto los Doce como Pablo y Bernabé. La decisión fue tomada no solamente por los apóstoles, sino también por los “presbíteros” (Hechos 15,22). Estos presbíteros, ¿son los ancianos de la comunidad de Jerusalén o son los jefes de otras iglesias locales, convocados para aquella ocasión? Estos presbíteros aparecen en Hechos 11,30, son presentados junto con los apóstoles en Hechos 15,2 y quedan como el grupo de autoridades que rodea a Santiago en Hechos 21,18.

El libro de los Hechos fragua la imagen de Pablo que convenía al autor. Según Lucas, Pablo siguió siendo fundamentalmente fiel al judaísmo y de su actividad no se deduce nada contra las prácticas más importantes de la religión de sus padres (Hechos 24,14; 26,22). La imagen de Pablo, que unifica en su persona y en su fe judaísmo y cristianismo, es la prueba de legitimidad que buscaba la comunidad judeo-cristiana y la comunidad convertida del paganismo, así como la demostración de que ambas comunidades pueden convivir en paz.